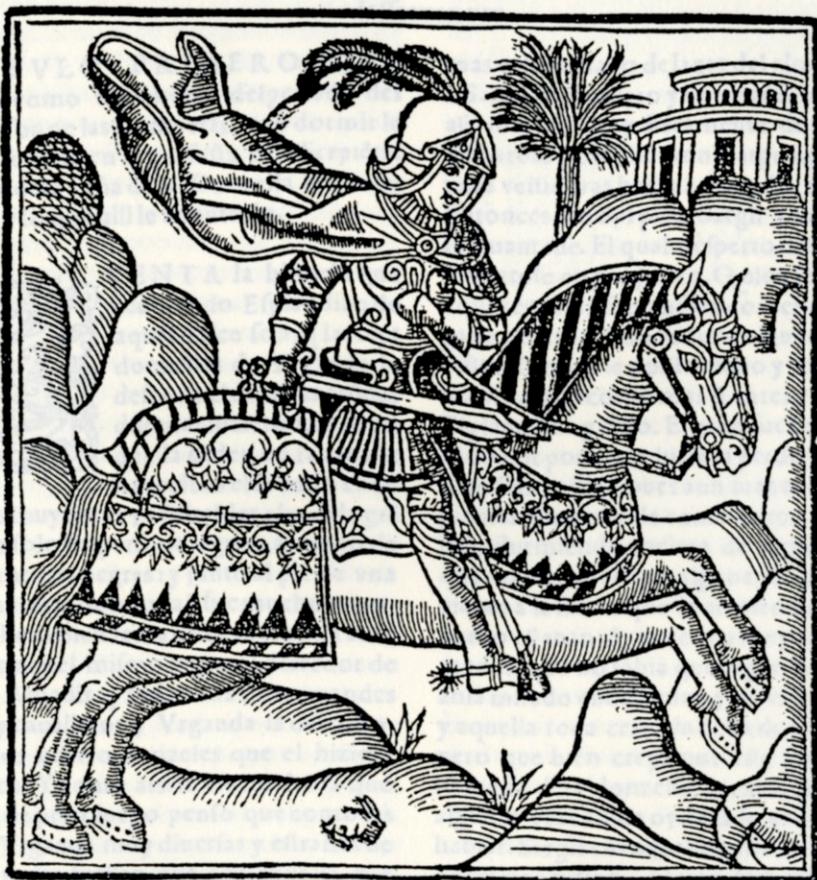


EL RAMO  
QVE DE LOS QVA  
TROLIBROS DE AMADIS

DE GAULA SALE.

LLAMADO LAS SERGAS DEL MVT  
*Esforçado Cavallero Esplandian, hijo del excelente Rey  
Amadis de Gaula.*

AORA NVEVA MENTE EMENDADAS EN ESTA  
Impresion. , de muchos errores que en las Impresiones  
passadas auia.



EN ÇARAGOÇA,  
IMPRESSO CON LICENCIA, EN CASA DE SIMON  
de Portonarijs, Año M. D. LXXXVII.

Ha colta de Pedro de Hybarra, y Antonio Hernandez, mercaderes de libros,  
en la Cuchilleria.

García y Cerdá Las Sergas de Esplandián

# Las Sergas de Esplandián

*Estudio introductorio de Salvador Bernabéu Albert*



DOCE CALLES

*Regidores*

INSTITUTO  
DE CULTURA DE  
CRAYA CALIFORNIA

Garci Rodríguez de Montalvo

# Las Sergas de Esplandián

*Estudio introductorio de Salvador Bernabéu Albert*

PRESENTACIÓN ..... IX

*Francisco Bernal*

ESTUDIO INTRODUCTORIO ..... XII

*Salvador Bernabéu Albert*

LAS SERGAS DE ESPLANDIÁN ..... 69

*Garci Rodríguez de Montalvo*



DOCE CALLES



INSTITUTO  
DE CULTURA DE  
ICBC BAJA CALIFORNIA

Garcí Rodríguez de Montalvo

# Las sergas de Esplandián

Estudio introductorio de Salvador Bernabéu Albert

© del estudio introductorio: Salvador Bernabéu Albert.  
© de la presente edición: Ediciones DOCE CALLES, S.L.  
Apdo. 270  
28300 ARANJUEZ (Madrid)  
Tfnos.: 91 892-42-01/18 Fax: 91 892-51-49

ISBN: 84-89796-99-8.

D.L.: M-25.746-1998

Impresión: Closas Orcoyen, S.L. Paracuellos de Jarama (Madrid)



DOCE CALLES

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN .....	IX
<i>Francisco Bernal</i>	
ESTUDIO INTRODUCTORIO .....	XII
<i>Salvador Bernabéu Albert</i>	
LAS SERGAS DE ESPLANDIÁN .....	69
<i>Garcí Rodríguez de Montalvo</i>	

Francisco Bernal

Las Sergas de  
Esplandián  
INDICE

IX	PRESENTACIÓN	Francisco Bernal
XII	ESTUDIO INTRODUCTORIO	Salvador Bernabéu Albert
69	LAS SERGAS DE ESPLANDIÁN	García Rodríguez de Montalvo

© del estudio introductorio: Salvador Bernabéu Albert.

© de la presente edición: Ediciones DOCE CALLES, S.L.  
Apdo. 270  
28300 ARANJUEZ (Madrid)  
Tfno.: 91 892 42 01/18 Fax: 91 892 51 49

ISBN: 84-89796-99-8

D.L.: M-25.746-1998

Impresión: Clotas Orcoyen, S.L. Paredonchar de Jarama (Madrid)

## Presentación

No sólo la historia conforma los límites de un pueblo, sino también ese esquivo material de los sueños que nutre sus mitologías fundacionales. Es allí donde primero se insinúan los contornos del rostro que más adelante diseccionarán, maquillarán a su antojo los especialistas, los propietarios indiscutibles de la lógica y la razón.

El nombre de nuestra península se inserta en la historia a partir del mito y la leyenda. Tierra fértil para la imaginación, es isla poblada de amazonas y animales fabulosos; su horizonte se constela con ciudades de oro. Aún en la actualidad hay quien, en nuestras sierras, se afana en procurar los vestigios de la misión perdida de Santa Isabel, testimonio de una fe que buscaba arraigar entre los espejismos del desierto.

Quizás no sea del todo casual este antecedente de fantasía si tomamos en cuenta que la voz «California» surge unida a una de las vertientes de la novela más desafiadas en la historia de la literatura universal: la novela de caballerías, y muy específicamente a *Las Sergas de Esplandián*. Estas, sin exagerar, son palabras mayores, porque la obra de García Ordóñez de Montalvo nos vincula por vía del *Amadís de Gaula* al sueño del hidalgo Alonso Quijano, que es el sueño del hombre, la más alta aspiración del espíritu convertida en literatura.

Este rescate de uno de nuestros más remotos referentes culturales explica el interés y participación del Gobierno del Estado, a través del Instituto de Cultura de Baja California, en esta edición facsimilar de *Las Sergas de Esplandián*, que desde hace varios años marca una ausencia sensible e inexplicable en nuestras librerías y que ahora, gracias a la participación editorial de Ediciones Doce Calles, volverá a cabalgar por sus legítimos territorios «a la diestra mano de las Indias».

Francisco Bernal

Acompaña esta edición, valiosa ya de por sí, un texto introductorio de Salvador Bernabéu, quien ya se ha ocupado, con inteligencia y sensibilidad, de temas bajacalifornianos y a quien debemos más de una insospechada revelación en cuestiones que creíamos ya sabidas de memoria.

Finalmente, justo es también mencionar y reconocer la paciente labor de gestión del maestro Marco Antonio Zamarrón, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, para llevar a buen término este proyecto editorial.

Nada hermana tanto al hombre como el arte, y nada le representa como la palabra, cuyo santuario por excelencia es todavía la literatura. Con esta edición de *Las Sergas de Esplandián*, Doce Calles y el Instituto de Cultura de Baja California abren un espacio de encuentro entre el lector y la imaginación desbordada, testimonio del pasado, y más, posibilidad de futuro.

No sólo la historia conforma el sustento, las raíces de un pueblo, sino también ese esquivo material de los sueños que nutre sus mitologías fundacionales. Es allí donde primero se insinúan los contornos del rostro que más adelante disecarán, maquillarán a su antojo los especialistas, los propietarios indiscutibles de la lógica y la razón.

El nombre de nuestra península se inserta en la historia a partir del mito y la leyenda. Tierra fértil para la imaginación, es isla poblada de amazonas y animales fabulosos; su horizonte se constela con ciudades de oro. Aún en la actualidad hay quien, en nuestras sierras, se afana en procurar los vestigios de la misión perdida de Santa Isabel, testimonio de una fe que buscaba arraigar entre los espejismos del desierto.

Quizás no sea del todo casual este antecedente de fantasía si tomamos en cuenta que la voz «California» surge unida a una de las vertientes de la novela más desafortunadas en la historia de la literatura universal: la novela de caballerías, y muy específicamente a *Las Sergas de Esplandián*. Estas, sin exagerar, son palabras mayores, porque la obra de Garci Ordóñez de Montalvo nos vincula por vía del *Amadís de Gaula* al sueño del hidalgo Alonso Quijano, que es el sueño del hombre, la más alta aspiración del espíritu convertida en literatura.

Este rescate de uno de nuestros más remotos referentes culturales explica el interés y participación del Gobierno del Estado, a través del Instituto de Cultura de Baja California, en esta edición facsimilar de *Las Sergas de Esplandián*, que desde hace varios años marca una ausencia sensible e inexplicable en nuestras librerías y que ahora, gracias a la participación editorial de Ediciones Doce Calles, volverá a cabalgar por sus legítimos territorios «a la diestra mano de las Indias».

Acompaña esta edición, valiosa ya de por sí, un texto introductorio de Salvador Bernabéu, quien ya se ha ocupado, con inteligencia y sensibilidad, de temas bajacalifornianos y a quien debemos más de una insospechada revelación en cuestiones que creíamos ya sabidas de memoria.

Finalmente, justo es también mencionar y reconocer la paciente labor de gestión del maestro Marco Antonio Samaniego, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, para llevar a buen término este proyecto editorial.

Nada hermana tanto al hombre como el arte, y nada le representa como la palabra, cuyo santuario por excelencia es todavía la literatura. Con esta edición de *Las Sergas de Esplandián*, Doce Calles y el Instituto de Cultura de Baja California abren un espacio de encuentro entre el lector y la imaginación desbordada, testimonio del pasado, y más, posibilidad de futuro.

Francisco Bernal

Director General del Instituto  
de Cultura de Baja California

## Estudio introductorio

*El insólito bautismo de un espacio americano*

A mediados del siglo xv, mientras Lorenzo Valla reivindicaba la posibilidad de emplear términos ausentes de la antigüedad clásica (*Al noua res nouum vocabulum flagitat*), sus contemporáneos, empeñados en darle nuevas tierras al rey y nuevas almas a Dios, echaban mano del santoral católico y de los topónimos del Viejo Mundo para darle nombre al Nuevo que se desplegaba ante sus ojos. Así, nos encontramos con una corriente contrapuesta en el siglo xvi, pues mientras cientos de sabios se apresian a ampliar el repertorio lingüístico («Una realidad nueva requiere de una palabra nueva»), otros cientos se encargaban de repetir palabras viejas para aprehender paisajes nuevos. Sin embargo, hay resquicios para la novedad, topónimos extraños que se imponen frente a la norma. A uno de ellos —California— y al libro en donde se encuentra dedicaremos el presente estudio\*.

La cita literaria más famosa de la historia de California es la que comienza con las palabras: «Sabed que ala diestra mano delas Indias vuo vna Isla llamada California, muy llegada ala parte del Parayso terrenal...». No hay libro histórico, desde los de carácter divulgativo hasta los que se elaboran en los medios académicos, que no la incluya. El tiempo ha sacralizado la cita —así como al libro que la contiene—, pues aparece en ella por primera vez el nombre que casi

\* La redacción de este estudio ha sido posible gracias al proyecto de investigación PB-94-0060, dirigido por Miguel Ángel Puga-Samper en el Centro de Estudios Históricos (CSIC, España). Una beca de la Comunidad de Madrid me permitió trabajar durante cinco semanas en la DeGalyer Library (SMU, Dallas, Texas) gracias al apoyo de su personal y la amabilidad de Carol y David J. Weber. En México recibí el apoyo de Lucila León, Dolores González-Ripoll, Consuelo Naranjo y Marian García Collado. Por último, quiero agradecer los buenos oficios de Marco Antonio Samaniego, director del Instituto de Investigaciones Históricas, de la Universidad Autónoma de Baja California, y la confianza del maestro Francisco Bernal, Director del Instituto de Cultura del Gobierno del Estado de Baja California. Este nuevo trabajo está dedicado a todos mis alumnos y amigos de Tijuana, Mexicali, Ensenada y La Paz.

Salvador Bernabéu Albert

Finalmente, justo es también mencionar y reconocer la paciente labor de gestión del maestro Marco Antonio Samaniego, director del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Autónoma de Baja California, para llevar a buen término este proyecto editorial.

Nada hermana tanto al hombre como el arte, y nada le representa como la palabra, cuyo santuario por excelencia es todavía la literatura. Con esta edición de *Las Sergas de Esplandián*, Doce Calles y el Instituto de Cultura de Baja California abren un espacio de encuentro entre el lector y la imaginación desbordada, testimonio del pasado, y más, posibilidad de futuro.

## Estudio introductorio

Francisco Bernal

Director General del Instituto  
de Cultura de Baja California

## El insólito bautismo de un espacio americano

A mediados del siglo xv, mientras Lorenzo Valla reivindicaba la posibilidad de emplear términos ausentes de la antigüedad clásica (*At nova res novum vocabulum flagitat*), sus contemporáneos, empeñados en darle nuevas tierras al rey y nuevas almas a Dios, echaban mano del santoral católico y de los topónimos del Viejo Mundo para darle nombre al Nuevo que se desplegaba ante sus ojos. Así, nos encontramos con una corriente contrapuesta en el siglo xvi, pues mientras cientos de sabios se aprestan a ampliar el repertorio lingüístico («Una realidad nueva requiere de una palabra nueva»), otros cientos se encargaban de repetir palabras viejas para aprehender paisajes nuevos. Sin embargo, hay resquicios para la novedad, topónimos extraños que se imponen frente a la norma. A uno de ellos —California— y al libro en donde se encuentra dedicaremos el presente estudio\*.

La cita literaria más famosa de la historia de California es la que comienza con las palabras: «Sabed que ala diestra mano delas Indias vuo vna Isla llamada California, muy llegada ala parte del Parayso terrenal...». No hay libro histórico, desde los de carácter divulgativo hasta los que se elaboran en los medios académicos, que no la incluya. El tiempo ha sacralizado la cita —así como al libro que la contiene—, pues aparece en ella por primera vez el nombre que casi

\* La redacción de este estudio ha sido posible gracias al proyecto de investigación PB-94-0060, dirigido por Miguel Angel Puig-Samper en el Centro de Estudios Históricos (CSIC, España). Una beca de la Comunidad de Madrid me permitió trabajar durante cinco semanas en la DeGolyer Library (SMU, Dallas), en donde encontré la ayuda de su personal y la amabilidad de Carol y David J. Weber. En varios momentos de la redacción recibí el apoyo de Lucila León, Dolores González-Ripoll, Consuelo Naranjo y Marian García Collado. Por último, quiero agradecer los buenos oficios de Marco Antonio Samaniego, director del Instituto de Investigaciones Históricas, de la Universidad Autónoma de Baja California, y la confianza del maestro Francisco Bernal, Director del Instituto de Cultura del Gobierno del Estado de Baja California. Este nuevo trabajo está dedicado a todos mis alumnos y amigos de Tijuana, Mexicali, Ensenada y La Paz.

contemporáneamente se daría a una enorme y singular región de América del Norte, la cual, andando el tiempo, se convertiría en tres estados (California, Baja California y Baja California Sur) de dos naciones (Estados Unidos y México), los cuales comparten mucho más que un mismo origen topográfico. Para millones de habitantes de estas partes del mundo, la palabra desprende una emoción fundacional que aglutina a un peculiar conjunto humano muy heterogéneo en sus orígenes, aunque muchos todavía desconozcan de dónde procede la palabra California<sup>1</sup>. A este sentimiento de amor al terruño habría que añadirle la enorme difusión que ha tenido el topónimo California gracias, primero, a los cronistas de la conquista y a los escritores ilustrados, que divulgaron este trozo del planeta —convertido en el *finis terrae* de la época—, y más tarde a los periodistas y comunicadores de los siglos XIX y XX, que han convertido a California en uno de los lugares más recurrentes y famosos de la *aldea global*.

Sin embargo, se ha producido una situación curiosa, pues mientras el topónimo se ha popularizado con gran rapidez, no ha ocurrido lo mismo con la obra que lo contiene: las *Sergas de Esplandián*, escrita por el regidor castellano Garcí Rodríguez de Montalvo en el tránsito de los siglos XV y XVI. A tenor de las veces que son citados tanto el autor como su obra, parecería que nos encontramos ante todo un clásico, más aún, ante la estrella del canon literario californiano. Sin embargo, el libro de Montalvo es muy desconocido, poco leído y menos citado fuera del famoso párrafo que comienza con las palabras: «A la diestra mano delas Indias», en gran parte por la dificultad de encontrarlo. Esta paradoja (una frase famosa en un libro extraño) ha sido una de las preocupaciones que frecuentemente he confesado a mis compañeros de las distintas instituciones californianas con las que he colaborado. Sin embargo, hasta ahora no se había producido el feliz suceso de embarcar a los responsables culturales en pasos más fecundos para llenar este vacío en las librerías y en las lecturas de los amantes del pasado californiano. Ahora, por fin, las *Sergas* están en las manos de quienes siempre he deseado que las tuviera. Las exégesis y las frases sagradas darán paso a las lecturas de la pequeña multitud. Por fin, la frase será restituida a su lugar y California encontrará su significado primigenio, tan importante, por lo menos, como todos los demás.

Sin embargo, soy consciente que el significado de los textos varía según los contextos de lectura y la condición de sus lectores. Y que en el caso de las *Sergas de Esplandián* no se hará una excepción, sino todo lo contrario, debido a que, por el momento, sólo contamos con una edición moderna del texto y ninguna facsimilar de las aparecidas en el siglo XVI, por lo que nos encontramos ante una literal novedad editorial<sup>2</sup>. En consecuencia, es presumible que nu-

<sup>1</sup> Lynn TOWNSEND WHITE Jr., «Changes in the Popular Concept of California», *California Historical Society Quarterly*, vol. 19, n° 3, 1940, pp. 219-224.

<sup>2</sup> Las *Sergas* han tenido por el momento escaso éxito editorial. No forman parte de la magnífica edición de las *Historias caballerescas del siglo XVI*, edición y prólogo de Nieves Baranda,

meros lectores no californianos, simplemente amantes del pasado literario, lean estas palabras introductorias. En la preparación de las mismas he comprobado el gran interés que ha existido y sigue existiendo en los medios literarios por el mundo de la caballería, como demuestra la abundantísima historiografía crítica generada y no sólo en castellano, capaz de apabullar al más heroico de los lectores y de los estudiosos. Nombres míticos en las letras hispánicas se han ocupado de estos temas, tanto en España como fuera de ella, hasta confeccionar una enorme lista (la que sin duda se enriquecerá en los próximos años) de la que me siento deudor. Debido a mi formación americanista, me he acercado a ellos en busca de conocimientos que me ayuden a estudiar y contextualizar la obra, aunque, me he convencido, y así lo confieso aquí, que las *Sergas* son un libro de caballería y que hay que leerlas, en primer lugar, como un libro de caballería. Después, permítasenos a los historiadores del pasado californiano que especulemos sobre los hombres y las épocas que lo leyeron, su transporte a los nuevos horizontes americanos que se dibujaban imparables en el siglo XVI y que centremos, por último, nuestro interés en el descubrimiento y rescate del topónimo California a mediados del siglo XIX, desterrando varias hipótesis que nos hablan de las imágenes que despertó esta región americana en los descubridores, los viajeros, los geógrafos de gabinete, los historiadores y los políticos metropolitanos y virreinales. Todo un programa que, siendo dirigido principalmente a los historiadores y a los californianos de uno y otro lado de «la frontera más transparente» —en palabras de Carlos Fuentes—, espera que despierte el interés de otros lectores.

Al leer las aventuras del caballero Esplandián, constantemente se pone de manifiesto que se trata de una continuación de los cuatro libros del *Amadís de Gaula*, la novela de caballerías más emblemática de su época. Según Juan Bautista AVALLE-ARCE, uno de sus principales estudiosos: «El *Amadís de Gaula* es el símbolo universal de la caballerescas en el siglo XVI, y la caballerescas es la moda universal del mismo período»<sup>3</sup>. Su autor, Garcí Rodríguez de Montalvo, lo declara abiertamente en el título del libro para que no quede ninguna duda, pues el fin del escritor era aprovechar el gran éxito comercial que tuvo el famoso caballero *Amadís*, libro que gozó de gran difusión en los siglos XIV y XV, y que Montalvo versionó en la segunda mitad del siglo XV. Según los críticos amadísinos, el escritor castellano compiló varios textos de un *Amadís* primitivo, al parecer, escrito por autores distintos. De estos textos primarios sólo poseemos

Madrid, Biblioteca Castro-Turner, 1995; ni de otras colecciones especializadas en temas caballarescos. La edición facsimilar que ahora introducimos está encabezada por el título *EL RAMO QUE DE LOS QUATRO LIBROS DE AMADIS DE GAULA SALE. LLAMADO LAS SERGAS DEL MUY ESFORÇADO CAUALLERO ESPLANDIAN, HIJO DEL EXCELENTE REY / AMADIS DE GAULA*, (Zaragoza, Casa de Simón de Portonarijs, 1587). En adelante, nos referiremos a ella como *SERGAS*.

<sup>3</sup> Juan Bautista AVALLE-ARCE, «*Amadís de Gaula*»: *El primitivo y el de Montalvo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 62.



## Los quatro libros del tuoso caullero Amadis de Gaula: Complidos.

Primera edición del Amadís de Gaula, impresa en Zaragoza  
por Jorge Coci en 1508

algunos fragmentos, por lo que el *Amadís de Gaula* se conserva completo sólo en la versión de Garci Rodríguez de Montalvo, autor, esta vez sin modelo previo, de su continuación: las *Sergas de Esplandián*.

La edición más antigua del *Amadís de Gaula* es la de Zaragoza de 1508, aunque se sospecha que hubo una anterior, actualmente perdida. G. S. Williams ha barajado la fecha de 1496<sup>4</sup>. En la que ha llegado hasta nosotros de 1508, el *Amadís* se compone de cuatro libros, en los que hay que remarcar algunas diferencias, que se agudizan en el quinto libro, esto es, en las *Sergas*. Montalvo lo declara en el prólogo, señalando que corrigió tres libros: «que por falta de los malos escritores, o componedores, muy corruptos y viciosos se leían, y trasladando y enmendando el libro cuarto con las *Sergas de Esplandián* su hijo, que hasta aquí no es en memoria de ninguno ser visto»<sup>5</sup>. Esta afirmación ha sido remarcada por los críticos, que han puesto de manifiesto en diversos trabajos las novedades que aparecen en el nuevo texto de Montalvo. Así, aunque el título elegido por el regidor medinense rece: *El ramo que de los quatro libros de Amadís de Gaula sale; llamado Las Sergas del muy esforzado caballero Esplandián, hijo del excelente Rey Amadís de Gaula*, nos encontramos ante una obra con diferencias notables, como iremos estudiando en los próximos apartados. El título es, a todas luces, engañoso.

El *Amadís* primitivo tuvo una gran popularidad en los siglos XIV y XV, pero nada comparable a la gran difusión europea y mundial que tuvo la refundición de Montalvo y la continuación original, las *Sergas*: «que por gran dicha pareció en una tumba de piedra, que debaxo de la tierra en una hermita, cerca de Constantinopla fue hallada, y traído por un ungaro mercadero a estas partes de España, en letra y pergamino tan antiguo, que con mucho trabajo se pudo leer por aquellos que la lengua sabían»<sup>6</sup>. Se realizaron numerosas traducciones y su lectura se extendió hasta las más remotas regiones del Nuevo Mundo y de la vieja Europa. Como ha señalado James Donald Fogelquist: «El triunfo internacional del *Amadís* coincide, así, con el apogeo del prestigio y poder político de la España imperial»<sup>7</sup>.

Una aclaración importante antes de seguir adelante. La mayoría de los críticos amadisinos han señalado que el significado de *sergas* es el de hazañas, sin embargo, R. Foulché-Delbosc demostró que la palabra no tiene nada que ver con el término griego, sino que estamos ante un sinónimo de lienzo, tela blanca o morena de algodón. Según el diccionario de María Moliner, antiguamente se

<sup>4</sup> G. S. WILLIAMS, «The Amadís Question», *Revue Hispanique*, vol. XXI, 1909, p. 155.

<sup>5</sup> Garci RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*, edición de Juan Manuel Cacho Blecua, Madrid, Cátedra, 1991, t. I, p. 224.

<sup>6</sup> RODRÍGUEZ [5], t. I, p. 224-225.

<sup>7</sup> James Donald FOGELQUIST, *El Amadís y el género de la Historia Fingida*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982, p. 2.

empleaba *lienzo* lo mismo que ahora paño, significando, asimismo, la tela preparada para pintar sobre ella y, por extensión, un cuadro ya pintado<sup>8</sup>. Pero volvamos sobre la obra y, en primer lugar, con el reconocimiento del autor, paso fundamental para entender la obra y sus fines.

### *El descubrimiento del autor: Garci Rodríguez de Montalvo*

La identificación del autor de las *Sergas* no ha sido fácil. Hubo que esperar hasta el año de 1933 para que se zanjase la cuestión. En la edición de 1508 (Jorge Coci, Zaragoza) se señala con claridad, al principio del libro I, que el *Amadís*: «fue corregido y enmendado por el honrado y virtuoso cavallero Garci-Rodríguez de Montalvo, regidor de la noble villa de Medina del Campo»<sup>9</sup>. Sin embargo, en las ediciones posteriores se confunde con Garci Ordóñez de Montalvo, nombre que encabeza la edición moderna de Pascual de Gayangos<sup>10</sup>, lo que ha ocasionado que ese falso nombre todavía campee entre autores poco atentos. La personalidad del escritor quedó plenamente esclarecida gracias a un artículo de Narciso Alonso Cortés, titulado «Montalvo, el del *Amadís*»<sup>11</sup>, en donde da a conocer interesantes noticias biográficas extraídas de diversos archivos castellanos, que junto a las que Gayangos reunió en el prólogo a su edición de la Biblioteca de Autores Españoles, han sido durante muchos años las únicas fuentes en las que se han basado los historiadores para escribir la biografía del célebre escritor medinense. En la actualidad, Garci Rodríguez de Montalvo sigue siendo bastante desconocido, pero contamos con varias noticias más gracias a los especialistas del reinado de los Reyes Católicos y a los estudiosos de la literatura de los siglos XV y XVI.

La imagen del autor de las *Sergas* está unida a la de Medina del Campo, famosa localidad vallisoletana por celebrarse en ella una importante feria, ciudad en la que nació y de la que era regidor. Nuestro escritor era conocido como García de Montalvo, *el Viejo*, para diferenciarlo de un sobrino suyo llamado García de Montalvo, *el Mozo*. Según algunos autores, nació hacia el año 1450, a finales

<sup>8</sup> R. FOULCHE-DELBOSC, «Sergas», *Revue Hispanique*, vol. XXIII, 1910, pp. 591-593. Juan Bautista AVALLE-ARCE señala que «Bien necesitamos una correcta edición de las *Sergas*». AVALLE-ARCE [3], p. 43.

<sup>9</sup> RODRÍGUEZ [5], t. I, p. 225.

<sup>10</sup> Pascual DE GAYANGOS (discurso preliminar y catálogo razonado), *Libros de caballerías*, Biblioteca de Autores Españoles, tomo XL, 1ª ed., 1857; 2ª ed., Madrid, Atlas, 1963. Las *Sergas* se reproducen en las páginas 403-561.

<sup>11</sup> El artículo de Narciso ALONSO CORTÉS está publicado en *Revue Hispanique*, vol. LXXXI, 1933, pp. 434-442 (Existe una reimpresión posterior de la revista en Kraus Reprint, Nendeln/Liechtenstein, 1974).

del reinado de Juan II, aunque no hay datos que lo confirmen<sup>12</sup>. Su muerte puede datarse con más precisión, pues sabemos por documentos notariales que en 1505 ya había fallecido. Así, podemos precisar que la mayor parte de su vida transcurrió en la segunda mitad del siglo XV y los primeros años de la centuria siguiente: una época de consolidación del poder real en España que culminaría con el reinado de los Reyes Católicos, pero a costa de numerosas guerras y conflictos tanto interiores, esto es, entre bandos castellanos, como exteriores, con otros reinos peninsulares. Un breve repaso a los principales acontecimientos de la época nos ayudarán a contextualizar el libro de nuestro regidor medinense.

Los años finales del reinado de Juan II, muerto en 1454, fueron de gran inestabilidad, mientras su sucesor, el rey Enrique IV (1454-1474), tuvo que hacer frente a numerosos conflictos, entre ellos, a la guerra civil que se desató tras la proclamación del príncipe Alfonso como monarca. Tras varios choques armados y negociaciones, se firmaron los pactos de Guisando (1468), por los que la princesa Isabel fue proclamada heredera de Castilla. Un año después se produjo el enlace matrimonial de Isabel de Castilla con el infante Fernando de Aragón. La muerte de Enrique IV el 11 de diciembre de 1474 desató una nueva guerra contra los partidarios de Juana la Beltraneja, hija ilegítima del finado monarca, que contó con la ayuda del rey de Portugal, Alfonso V, *el Africano*. La contienda finalizaría dos años después con el triunfo de los partidarios de Isabel y Fernando, y la firma del Tratado de Alcaçobas con Portugal (1479). Por último, en 1481 se inició la guerra contra el último reducto musulmán en Europa: el reino nazarí de Granada, que concluiría con la rendición de la capital del mismo nombre en la madrugada del 2 de enero de 1492. Año en el que Colón descubrió unas islas en el Atlántico Occidental y los judíos fueron expulsados de España.

Tras los tristes tiempos de Enrique IV, los contemporáneos de los Reyes Católicos se congratularon de vivir en una nueva época de estabilidad y progreso, bendecidos por la mano del Altísimo. Los triunfos sobre los árabes, la expulsión de los judíos y el descubrimiento de nuevas tierras en el Atlántico, entre otros acontecimientos, vinieron a apuntalar y generalizar este sentimiento de exaltación y jubileo que los escritores de la época plasmaron en sus obras. Como ha escrito Robert Tate: «Poco antes e inmediatamente después del comienzo del reinado de los Reyes Católicos, el aire está cargado con profecías de la futura grandeza indefinida de Castilla. Se la identifica con el poder que va a forjar el

<sup>12</sup> Véase AVALLE-ARCE [3], p. 135. El profesor Lorenzo Rubio ha datado su nacimiento unos años antes, hacia 1442, pues al tomarse la ciudad de Granada, en 1492, ya sobrepasaba los cincuenta años. Véase LORENZO RUBIO GONZÁLEZ, «Literatura y cultura en Medina del Campo», en Eufemio LORENZO SANZ (coord.), *Historia de Medina del Campo y su tierra*, Valladolid, Ayuntamiento de Medina del Campo-Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León-Excelentísima Diputación Provincial de Valladolid-Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1986, vol. III, pp. 351-424.

destino futuro de España en virtud del papel que se le atribuye en la Reconquista, desde los tiempos más antiguos, por historiadores y panfletistas políticos»<sup>13</sup>.

El remarcar este ambiente providencialista no es gratuito, ya que este cambio experimentado por el pueblo castellano de la desesperación y la tristeza al optimismo y al júbilo ha servido para que algunos críticos intentasen datar la composición de los diversos capítulos del *Amadís* y las *Sergas* en base a diversos comentarios del autor sobre su época, como veremos en el apartado siguiente. Por el momento, detengámonos en la ciudad de Medina del Campo, cuna de nuestro escritor y en donde pasó la mayor parte de su vida.

### *Medina del Campo: retrato de una ciudad*

Situada en el corazón de Castilla la Vieja, a medio camino entre las ciudades de Salamanca, Valladolid, Segovia y Avila, Medina del Campo se convirtió en una de las ciudades más importantes de la Baja Edad Media y el Renacimiento, no sólo de España, sino de Europa, por las numerosas relaciones internacionales que se tejieron alrededor de sus ferias. Sin embargo, el esplendor de la Medina de los siglos XV y XVI no debe hacernos olvidar el gran esfuerzo humano para poblar unas tierras de gran aridez estival y bajas temperaturas invernales durante la Alta Edad Media<sup>14</sup>. La primera mención a Medina aparece en un documento expedido por el rey Alfonso VI de Castilla y León en el año 1107, si bien su repoblación por los cristianos data de unos años antes (los árabes la habían ocupado durante la segunda mitad del siglo XI).

La ciudad se consolidó alrededor del cerro de la Mota, tomando su nombre de la voz árabe «madinat», que significa ciudad. Se trataba de un lugar de intercambios, amurallado para defender a sus habitantes y a los comerciantes foráneos de los árabes y los ladrones. En el siglo XII ya era una de las principales ciudades castellanas, engrandeciéndose con el tiempo hasta erigirse en la capital de una gran comarca, la Tierra de Medina, y en el asiento de una importante feria ganadera.

Medina vivió el esplendor de su feria en los siglos XV y XVI, convirtiéndose en el centro de la actividad económica del reino castellano. En sus mercados se

<sup>13</sup> Robert TATE, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970, pp. 98-99. Américo CASTRO señaló en su libro *De la edad conflictiva. Crisis de la cultura española en el siglo XVII* que: «El día que se explique que el en verdad fabuloso imperio hispano-portugués estuvo inspirado por casi un siglo de prédicas y profecías lanzadas por cristianos de casta judaica que frecuentaban el 'aula regia' y que a mediados del siglo XVI la gente hispano-ibérica se encontraba en Flandes y en Chile, en el Brasil y en la India, en Nápoles y en Milán, muchos imaginarios enigmas se pondrán en claro». (Madrid, Taurus, 1976, p. LXIII; 1ª edición en 1961).

<sup>14</sup> Hilarión PASCUAL GETE, «Las condiciones físicas de Medina del Campo y su Tierra», en LORENZO [12], vol. I, pp. 17-72.

podían encontrar productos de todo el orbe, pero gran parte de la fama la ostentó por realizarse en la ciudad numerosas transacciones financieras. La protección real de la feria culminó en 1491, vísperas del Descubrimiento, cuando los Reyes Católicos mandaron que los mercaderes de Sevilla, Córdoba, Jaén, Úbeda, Baeza, Cuenca, Ciudad Real, Segovia, Avila, Salamanca, Zamora, Toro, provincia de Extremadura, reino de Galicia, principado de Asturias y otras ciudades del reino acudieran a las ferias de Medina del Campo, que serían consideradas en adelante como las ferias generales del reino<sup>15</sup>. Sin embargo, el lineamiento de Medina del Campo al lado de los rebeldes en la Guerra de las Comunidades —con la ocupación de la ciudad y la quema de numerosas casas— y la bancarrota real de 1575, entre otras causas, aceleraron su decadencia a finales del siglo XVI y en el siglo XVII. Pero retrocedamos unas décadas antes para conocer la ciudad que habitó nuestro escritor.

Las actividades mercantiles y financieras le otorgaron un gran esplendor, por lo que numerosas familias y congregaciones religiosas se asentaron en la ciudad, la cual fue visitada por numerosos reyes<sup>16</sup>. Medina del Campo llegó a contar en su recinto urbano con treinta y dos templos, entre parroquias, iglesias conventuales y ermitas, con sus respectivos altares y campanas. La ciudad constituyó un arcedianazgo integrado primero en la diócesis de Salamanca y después en la de Valladolid. Varios edificios como la Colegiata y el palacio de las Dueñas reflejan el esplendor de su periodo de ferias, llegando a contar con un correo semanal que la comunicaba con Sevilla, por lo que sus vecinos estuvieron al tanto de las noticias del Nuevo Mundo con gran rapidez<sup>17</sup>. Un nutrido grupo de religiosos, nobles, mercaderes y criados ocupaban sus calles hasta superar los 12.000 vecinos a finales del siglo XV y los 20.000 en el año 1530<sup>18</sup>.

El auge económico de la ciudad propició la división del trabajo y la vecindad de grandes familias de comerciantes, como los Piros de Ruy Piros y los Fal-

<sup>15</sup> Julio VALDEÓN BARUQUE, «Medina del Campo en los siglos XIV y XV», en LORENZO [12], vol. I, pp. 203-230: 228.

<sup>16</sup> Fue visitada por numerosos reyes y hasta fue cuna y residencia de alguno de ellos. En 1470, Enrique IV recibió en Medina del Campo la embajada del rey de Francia. Cinco años más tarde, los Reyes Católicos, ya proclamados monarcas en Segovia, recibieron los vítores de la ciudad. La predilección de estos monarcas por la villa es muy conocida, falleciendo la reina Isabel en Medina del Campo el día 26 de noviembre de 1504. A pesar de la importancia de la presencia real, sus estancias no dejaban de ocasionar grandes gastos económicos y graves molestias a los ciudadanos.

<sup>17</sup> Como ha puesto de manifiesto AVALLE-ARCE, la influencia de los descubrimientos ultramarinos en Garcí Rodríguez de Montalvo es notable. En el libro II del *Amadís* aparece la «ínsula de Mongaça», que recuerda a la isla coralina avistada por Vasco de Gama en 1498 y posteriormente arrasada por Francisco de Almeida en 1505. También de origen indiano serán la isla California de las *Sergas* y la Insula Firme en el *Amadís*, también en el libro II, que recuerda la «Tierra Firme», nombre que Rodrigo de Bastida puso a la costa descubierta desde la isla Margarita a la costa del Darién después de 1502. AVALLE-ARCE [3], pp. 196 y 212.

<sup>18</sup> Miguel Ángel LADERO QUESADA, *España en 1492*, Madrid, Editorial Hernando, 1978.

cón de Laborda. Como ha señalado el historiador Julio Valdeón: «Guerreros y campesinos como legado del pasado, artesanos y mercaderes como expresión de la pujanza reciente, la sociedad medinense tenía también un importante sector de eclesiásticos, seculares y regulares. Pero lo novedoso se encontraba en el sector de los hombres de negocios, los comerciantes y los cambistas. Ahí radicaba la originalidad de esta sociedad y su indiscutible carácter dinámico»<sup>19</sup>. Tampoco faltaron los menesterosos, una importante comunidad hebraica y otra menor de mudéjares.

Medina, al igual que otras ciudades castellanas, se articuló alrededor de dos grupos principales: los caballeros y los peones, esto es, los caballeros y el resto del pueblo. Los linajes medinenses eran seis (cuatro fundados en el 734 por Pedro Benito, Sancho Ibañez, Juan Gutiérrez Castellanos e Iván Morejón, el quinto en 1206, los Mercado, de origen inglés, y el sexto llamado los Pollino, de origen francés), a los que se uniría posteriormente, en 1454, un séptimo al lograr fray López de Barrientos que se constituyera un nuevo linaje para su familia<sup>20</sup>. Los caballeros, escuderos y parientes de cada uno de estos linajes celebraban reuniones para solucionar diversas cuestiones internas y para elegir a los regidores, quienes se convertían en la cabeza del grupo. El cargo les otorgaba algunas preeminencias, si bien debían de contar con un importante respaldo económico. En la época de los Reyes Católicos, cada linaje contaba con un regidor y dos escribanos, cuyos nombramientos eran vitalicios.

Las familias más importantes de la ciudad controlaron el concejo, expresión de la comunidad de vecinos, contando con el apoyo real, aunque no faltaron los pleitos entre linajes y entre familiares. Las noticias sobre los cargos son escasas, salvo las relativas a los escribanos y a otros oficiales menores, como los alguaciles. Por otra parte, Medina también tuvo sus señores, que pertenecieron siempre a los círculos reales, como la duquesa de Lancaster, Leonor de Albuquerque y su esposo Alfonso de Antequera, futuro rey de Aragón y fundador de la feria local, y Juan de Navarra. En 1467, el infante don Alfonso concedió la ciudad a Isabel, la futura reina católica, con el fin de que las alcabalas de la ciudad restaurasen los gastos de la dama; un año después, el 15 de noviembre de 1468, Enrique IV la confirmó en su señorío, incluyendo el alcázar, fortaleza y torre de la Mota<sup>21</sup>.

La vida de la localidad tuvo una gran autonomía durante los siglos XI y XII, que después se fue eclipsando en beneficio de la figura del rey. El desafiante

<sup>19</sup> VALDEÓN [15], p. 220.

<sup>20</sup> Así lo señala el historiador del siglo XVII LÓPEZ OSSORIO en su obra «Principio, grandezas y caída de la noble villa de Medina del Campo, de su fundación y nombre que ha tenido hasta el tiempo presente», publicada en Ildefonso RODRÍGUEZ y FERNÁNDEZ, *Historia de Medina del Campo*, Madrid, 1903-1904, pp. 5-348.

<sup>21</sup> María Isabel DEL VAL VALDIVIESO, «Medina del Campo en la época de los Reyes Católicos», en LORENZO [12], vol. I, pp. 231-314.

lema del escudo de la villa: «Ni el rey oficio, ni el Papa beneficio», quedó en papel mojado. Como ya he señalado, el poder municipal estuvo en manos de los principales linajes, la oligarquía local, por lo que la intervención de los vecinos en los nombramientos de los regidores, escribanos, mayordomos y otros cargos fue mínima, tendencia que se vería reforzada por el nombramiento de corregidor y alcaide para la fortaleza a principios del siglo XV y la venta de las regidurías a mediados del siglo XVI.

Los habitantes se divertían y probaban sus destrezas y cualidades en juegos de cañas y lanzas y en las corridas de toros, en las que se rejoneaban y desjarretaban a las bestias. Estos festejos eran muy populares, como recogió Santa Teresa de Jesús en el *Libro de las fundaciones*: «Llegamos a Medina del Campo víspera de Nuestra Señora de Agosto, a las doce de la noche. Apeámonos en el monasterio de Santa Ana por no hacer ruido, y a pie nos fuimos a la casa. Fue hasta misericordia del Señor, que a aquella hora encerraban toros para correr otro día, no nos topar ninguno»<sup>22</sup>. Otra diversión era la caza, a pesar de las numerosas prohibiciones que tuvieron que soportar los medinenses, llegándose a penar a los furtivos con el destierro de la villa en 1492. La caza quedaba reservada para los monarcas. Así, sabemos que mientras Isabel estaba convaleciente de la enfermedad que finalmente la llevó a la tumba, su marido, el rey Fernando, se entretenía cazando por los alrededores de la villa.

Aunque ninguna obra de Montalvo se publicó en su ciudad natal, es importante señalar que en ella se instaló la imprenta en el año 1511 y que a partir de ese momento se editaron cientos de libros, muchos de ellos dedicados al género caballeresco: *Parte segunda que llaman oncen de Amadís o Florisel de Niquea* (1535), *Parte tercera de la crónica del muy excelente príncipe don Florisel de Niquea o Rogel de Grecia* (1535), *Don Clarián de Landanís* (1542), la undécima edición de *Los cuatro libros del inuencible cauallero Amadís de gaula* (1545), y ya en la segunda mitad del siglo XVI, *Palmerín de Oliva* (1562), *Primaleón, hijo de Palmerín de Oliva* (1563) y *El noueno libro de Amadís de Gaula, que es la Crónica del muy valiente y esforzado Príncipe y cauallero de la ardiente espada Amadís de Grecia* (1564).

Sin embargo, para los historiadores de América tiene importancia el recordar que en Medina del Campo se editó la obra de Francisco López de Gómara, *Hispania Victrix: Primera y segunda parte de la historia general de las Indias... hasta el año de 1551*, publicada en 1553. Otro dato interesante es que Medina fue la cuna de Bernal Díaz del Castillo, quien señaló en el capítulo primero de su conocida *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* que era: «vecino e regidor de la muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los primeros descubridores y conquistadores de Nueva España y sus provincias y Cabo

<sup>22</sup> Teresa DE JESÚS, *Libro de las fundaciones*, introducción, edición y notas de Víctor García de la Concha, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, p. 61.



Portada del Primaleón (segunda parte del Palmerín de Oliva) en la edición de Sevilla de 1540

de Honduras y de cuanto hay en esta tierra... natural de la muy noble e insigne Villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor que fue della, que por otro nombre le llamaban *El Galán*, que haya santa gloria»<sup>23</sup>. Otro vecino, de gran importancia para la Historia de América, es el jesuita José de Acosta, nacido el año 1540, una de las principales plumas del Nuevo Mundo.

*Rodríguez de Montalvo, el regidor de los Pollino*

Este breve acercamiento a la historia de la ciudad de Medina del Campo nos ayudará a situar la figura de Garci Rodríguez de Montalvo, quien, como ya dijimos, fue regidor de la villa. El linaje al que representaba era el de los Pollino, de origen francés, cuyos miembros se reunían en la iglesia de San Salvador. Al tronco de los Montalvo pertenecían los Ruiz de Montalvo, los Gutiérrez de Montalvo y, por supuesto, los Rodríguez de Montalvo. El regidor medinense pertenecía a la clase dominante de la ciudad y contaba con un patrimonio elevado, pues sólo cumplida esta condición podía acceder a tan importante puesto.

Se desconoce el año de su elección, pero sabemos que ya en 1482 era regidor, año en el que aparece en una lista llamada el *Padrón de Albama*, realizada tras la petición de los Reyes Católicos a la villa para que nombrase a cien peones con el fin de defender la citada ciudad recién conquistada a los árabes. Para atender a este encargo real, los medinenses elaboraron un padrón en donde quedaron señaladas las categorías de la villa y sus obligaciones, pues se suscitó un pleito ciudadano sobre quién estaba obligado a pagarlos. Pues bien, en este documento de 1482 aparece García Rodríguez de Montalvo como regidor de la villa e hidalgo, perteneciente a la cuadrilla de «San Juan e Santiago», la cuarta de las seis que existían en la villa castellana. En consecuencia, Montalvo ya era regidor en esa fecha y pertenecía a la hidalguía de la villa. Las actas más antiguas de la ciudad, que datan de 1490, atestiguan su presencia en la ciudad a partir del 19 de febrero, asistiendo a la mayoría de las reuniones con leves interrupciones, siendo nombrado unas veces García de Montalvo y otras García Rodríguez de Montalvo. Efectivamente, según el profesor Lorenzo Rubio, parece que es a partir de 1490 cuando comienza a tener residencia estable en Medina —quizá ya retirado de la vida militar—, puesto que desde febrero de ese año su nombre aparece casi ininterrumpidamente en el libro más antiguo de acuerdos del consejo medinense<sup>24</sup>. Tal vez desde entonces nuestro regidor encontró el sosiego para ir de caza y redactar el *Amadís y las Sergas*, además de cumplir con los encargos administrativos y familiares.

<sup>23</sup> Bernal DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1955, p. 25.

<sup>24</sup> ALONSO [11], pp. 436-438.

Por mandato de las Cortes de Toledo de 1480, los regidores tenían la obligación de residir en la villa al menos cuatro meses al año so pena de perder el salario. Se ocupaban del gobierno de la ciudad, pero bajo el control de los reyes y con la intervención directa del corregidor. Nombraban otros cargos subalternos y elaboraban estatutos y ordenanzas concejiles, por lo que intervenían directamente en la modelación de la vida social y económica de la ciudad, no faltando los abusos. En otros casos, los regidores eran los encargados de misiones especiales que atañían a la ciudad (ante los reyes u obispos, por ejemplo) o a intereses más personales. Juan Bautista Avalle-Arce ha encontrado en el Archivo de Simancas una comisión de los Reyes Católicos al corregidor y regidores de Medina Pedro de Mercado y García de Montalvo — fechada el 20 de mayo de 1494— para que realizasen varias obras ya acordadas a fin de evitar los frecuentes fuegos que se sucedían en la ciudad ferial con graves consecuencias para los vecinos y los visitantes<sup>25</sup>.

Montalvo, al igual que el resto de los regidores, defendió los privilegios y los intereses del patriciado urbano. Ellos detentaban los principales cargos y cuidaban de que ningún intruso se sumase al control de la ciudad, aunque no faltaron los conflictos entre linajes o entre los miembros de un mismo linaje. Dos de ellos, los Mercado y los Pollino, tenían el privilegio de llevar los mensajes a los reyes, con lo que se establecía un contacto directo con los monarcas, circunstancia que podía favorecer el otorgamiento de algunos favores.

Los biógrafos de nuestro regidor han resaltado, por último, la participación de Montalvo en un episodio amoroso protagonizado por Rodrigo de Vivar y Mendoza, primer marqués de Zenete y primogénito del Gran Cardenal de España, Pedro González de Mendoza, quien se casó con la hija de Alonso de Fonseca, señor de Coca y Alaejos. La oposición de éste último al enlace de su hija, dada la fama de casanova de Rodrigo de Vivar, le llevó a éste último, parece que ahora sí enamorado «de a de veras», a casarse en secreto o por palabra de testigos. Pues bien, uno de esos testigos fue nuestro regidor medinense, cuyo elevado cargo y prestigio lo convertían en un excelente instrumento en manos del ardiente novio. El caso ocurrió en 1502 y, según Avalle-Arce, el suceso quedaría recogido en las *Sergas* en la siguiente censura que el propio regidor se aplicó, quizás arrepentido por haber participado en un matrimonio secreto:

«Cerraste los ojos del entendimiento, y como que en algun lago con desesperacion te lançasses, que muy mejor partido para ti fuera, te ocupaste en querer

<sup>25</sup> AVALLE-ARCE [3], pp. 137-138. Hay otros datos sobre Rodríguez de Montalvo acerca de un pleito con otro regidor llamado Pedro de Mercado por una tercera regiduría, en el que, según el descubridor, hay algo más que celos profesionales, pues este Mercado fue el corrector de la *Segunda Comedia de la Celestina*, escrita por Feliciano de Silva. Juan Bautista Avalle-Arce asegura que: «bien puede haber existido una rivalidad artística entre el primer continuador del *Amadís* y el corrector de la primera continuación de *La Celestina*, ambos vecinos de la misma villa, ambos regidores y pleiteantes por otro regimiento» (p. 139).

que por ti quedasse en memoria, aquello que ni sabes ni sientes en que consiste su mal y bien. O loco quan vano ha sido tu pensamiento, en creer que vna cosa tan excelente, tan señalada entre todas las leales y honestas que en muy gran numero de escriptura caber no podria, en tan breues y mal compuestas palabras, lo pensaste dexar en memoria: no temiendo en ella ser tan contraria tu edad, de semejantes autos, como el agua de fuego, y la fria nieue de la gran calentura del sol: que en vna tan estraña cosa como esta, no pueden ni deuen hablar, sino aquellos en quien sus entrañas son casi quemadas y encendidas de aquella amorosa flama»<sup>26</sup>.

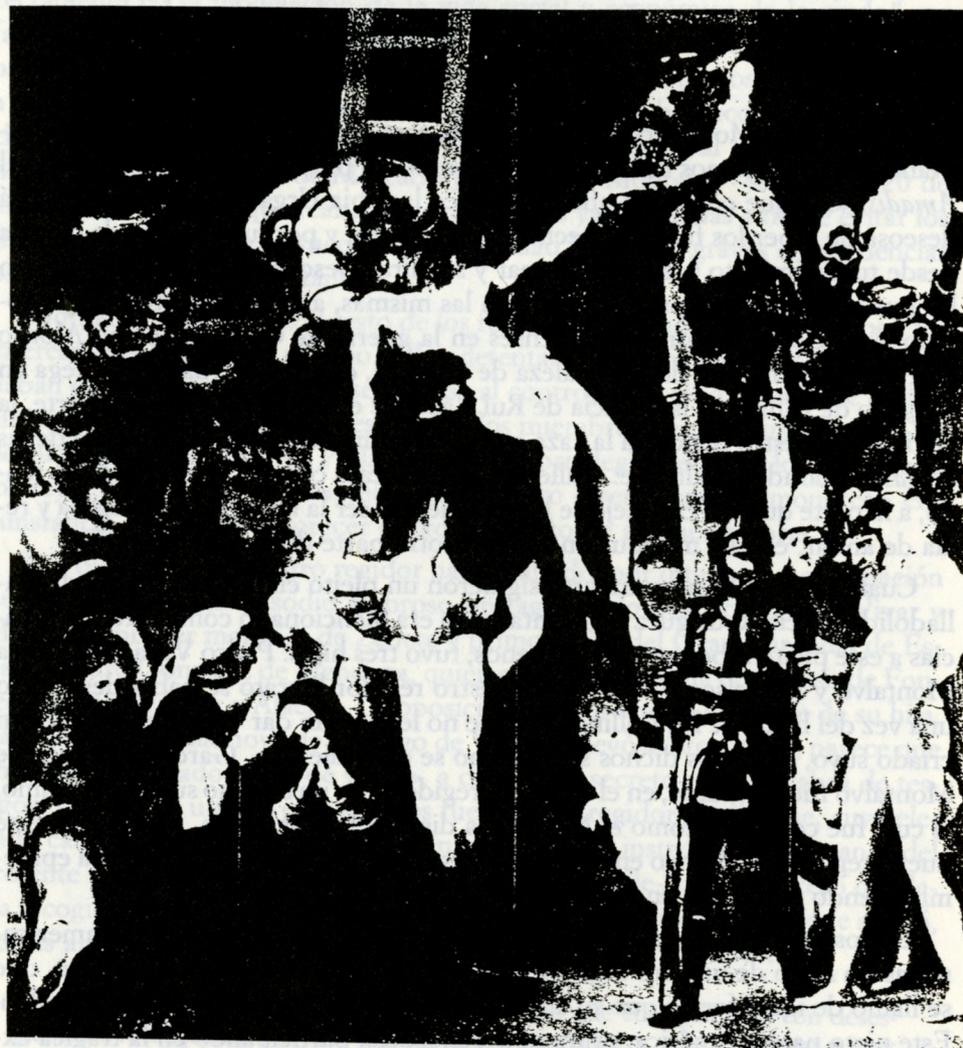
La afición de Montalvo a la guerra y a la caza son unos de los datos más tempranos que conocemos del regidor medinense. El propio autor lo confiesa en el *Amadís*: «Porque con tanta afición, le dice la sabia Urganda, tu voluntad está deseosa de saber los famosos hechos de las armas, y porque el estilo de tu vida desde tu nacimiento fué en las desear y seguir». Desconocemos las batallas en las que intervino y su protagonismo en las mismas, aunque la historia ha recogido las acciones de otros medinenses en la guerra de Granada, como Alonso de Polo en la defensa de la fortaleza de Canillas, el valor de Juan de Ortega en el asalto de Alhama y la eficacia de Rui Vázquez en Santa Fe. Por otra parte, la afición de nuestro regidor a la caza queda confirmada gracias a un pasaje de las *Sergas*, en donde señala que: «saliendo un día a caça como acostumbrado lo tengo, a la parte que del castillejo se llama, que por ser la tierra tan pedregosa y rezia de andar, en ella mas que en ninguna otra parte de caça se halla»<sup>27</sup>.

Cuando en 1505 sus parientes siguieron un pleito en la Chancillería de Valladolid, García Rodríguez de Montalvo ya era mencionado como difunto. Gracias a este pleito sabemos que, al menos, tuvo tres hijos: Pedro Vaca, Juan Vaca Montalvo y Francisco Vaca, y que nuestro regidor literato se había despedido una vez del linaje de los Pollinos porque no le querían dar «una fieldad para vn criado suyo, e que los dichos sus fijos no se despídieron». Garcí Rodríguez de Montalvo fue sustituido, en el cargo de regidor, por un sobrino suyo homónimo, el cual fue conocido como *el Mozo* para distinguirlo de su tío. Al parecer, este nuevo regidor duró poco en el cargo, pues murió en 1505 a causa de una epidemia, siendo enterrado en la iglesia de Santo Tomás.

De los descendientes de Montalvo, tiene especial interés para los americanistas un nieto de nuestro regidor, hijo del ya citado Juan Vaca Montalvo, que se llamó de igual forma que su abuelo paterno: Garcí Rodríguez de Montalvo. Este nieto pasó a América, primero a Venezuela, participando en la trágica expedición de Juan Sedeño a las costas de Venezuela (elegía XII, cantos i-iii de las *Elegías de varones ilustres de Indias*, de Juan de Castellanos, cuya primera edición se publicó en Madrid, Alonso Gómez, 1589), y después al Perú. Aquí ayudó a liberar al comisionado imperial Cristóbal Vaca de Castro, tal y como nos

<sup>26</sup> SERGAS [2], cap. XCVIII, p. 69v.

<sup>27</sup> SERGAS [2], cap. XCIX, p. 70r.



Descendimiento de la Cruz. Lienzo del pintor toledano Pedro Machuca (1547)

informa el gran historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, quien tuvo esas noticias por el propio medinense en el mes de noviembre de 1547<sup>28</sup>. Juan Bautista Avalle-Arce afirma que este nieto fue retratado por el pintor toledano Pedro Machuca en el *Descendimiento de la Cruz* que se admira en el Museo del Prado, y en cuyo margen izquierdo se puede leer con alguna dificultad la siguiente cartela: «Este retablo mandó fazer doña Inés del Castillo, mujer de García Rodríguez de Montalvo, regidor de esta villa. Acabóse año de 1547»<sup>29</sup>. En conclusión, como ha señalado Lorenzo Rubio González, aunque nuestro regidor pasó la mayor parte de su existencia en el siglo xv, «es un prototipo adelantado del caballero renacentista. Desde su juventud alternó el ejercicio de las armas y de la pluma»<sup>30</sup>.

### Las Sergas: *el quinto Amadís*

La primera impresión de las *Sergas* se realizó en Sevilla por Juan Crobenger en el verano de 1510. Un ejemplar de esta edición se encontraba en la biblioteca de Hernando Colón, vástago bibliófilo del célebre navegante genovés. Sin embargo, algún crítico es partidario de una impresión anterior<sup>31</sup>, tema sobre el que se viene discutiendo desde hace algunos años. En lo que no hay duda es en el gran éxito de la obra a lo largo de la centuria, pues se publica, siempre en castellano, en 1519 (Roma), 1521 (Toledo), 1523, 1525, 1526, 1542, 1549, dos ediciones en 1587 y una más en 1588<sup>32</sup>. El éxito también se extendió por Europa, realizándose varias ediciones en francés —la primera en 1540—, italiano —a partir de 1546—, alemán e inglés, fechándose las primeras impresiones en estas dos últimas lenguas en 1583 y 1598 respectivamente.

Con varias adiciones, ausencias y modificaciones, las ediciones de las *Sergas* continuaron en varios países y lenguas, surgiendo pronto otras secuelas —nueve

<sup>28</sup> Gonzalo FERNÁNDEZ DE OVIEDO, *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano*, edición de Juan Pérez de Tudela, Biblioteca de Autores Españoles, tomos CXVII-CXXI, Madrid, Real Academia Española, 1959, cap. CXXI, p. 249a, y cap. CXVII, p. 211a.

<sup>29</sup> AVALLE-ARCE [3], p. 136. Martín DE RIQUER, quien reprodujo el cuadro en su *Historia de la literatura universal*, Barcelona, 1968, vol. I, p. 438, piensa que se trata del autor del *Amadís* y las *Sergas*.

<sup>30</sup> RUBIO [12], p. 384.

<sup>31</sup> Dennis George NAZAC (ed.) «A Critical Edition of *Las sergas de Esplandián* by Garci Rodríguez de Montalvo», Ph.D. diss., Northwestern University, 1976, pp. xvi-xvii. Esta edición está basada en la de 1521 (Toledo, Juan de Villaquirán).

<sup>32</sup> Las ediciones de los cuatro libros del *Amadís* en castellano fueron muy numerosas: 1508, 1511, 1519, 1521, 1526, 1531, 1539, 1547, 1551, 1552, 1553, 1586, 1587, y otras siete más. Sobre estas impresiones, véase Daniel EISENBERG, *Castilian Romances of Chivalry in the Sixteenth Century*, Research Bibliographies and Checklists 23, London, Grant and Cutler, 1979.

obras más entre 1526 y 1549— que demuestran el interés de escritores e impresores por prolongar y explotar el éxito del *Amadís* y de las *Sergas*. En décadas más modernas, destaca la famosa edición de la Biblioteca de Autores Españoles, con prólogo de Pascual de Gayangos (Madrid, 1857), y la realizada en inglés por William Thomas Little —en base a varias ediciones castellanas del siglo XVI y la prologada por Pascual de Gayangos— y la traducción incluida por Dennis George Nazac en su disertación doctoral<sup>33</sup>.

Como ya hemos señalado, las *Sergas* son la continuación de los cuatro libros del *Amadís*, es decir, algo parecido a un quinto libro. Sin embargo, la relación entre una y otra obra no está exenta, sino todo lo contrario, de numerosos interrogantes para los especialistas amadisinos. En principio, los cinco libros se insertan en las tradiciones de la literatura artúrica, que se popularizó en la península ibérica en la primera mitad del siglo XIV gracias a las traducciones a las lenguas vernáculas, sin olvidar la influencia de la materia de Troya y de las crónicas reales de los reyes castellanos (crónicas alfonsíes).

Sin embargo, las diferencias surgen al precisar la relación entre una y otra obra. Otis H. Green y otros especialistas han señalado que el *Amadís* es esencialmente una introducción a las *Sergas de Esplandián*<sup>34</sup>. Eloy Reinerio González, por su parte, ha considerado al *Amadís* como una sucesión ascendente de ciclos, cuya «etapa cumbre» sería el ciclo de Esplandián, quien representaría al héroe cristiano perfecto<sup>35</sup>. Anthony van Beysterveldt niega este esquema ascendente, pues los cambios que se produjeron al escribir el libro IV del *Amadís* y las *Sergas* eran imprevisibles en la época en la que se escribieron los tres primeros; por el contrario, la obra está dividida en dos bloques, que corresponderían a dos épocas socio-políticas distintas<sup>36</sup>. Por último, Avalle-Arce afirma que Montalvo alternaba la redacción del *Amadís* (en unos casos retocaba la obra y en otros intercalaba fragmentos originales) con su continuación, esto es, las *Sergas*<sup>37</sup>.

La ausencia de noticias sobre la redacción de la obra —a excepción de la información que proporciona el propio *Amadís* y las *Sergas*, a todas luces insuficiente— ha dado lugar a este abanico de interpretaciones. Sólo de forma esporádica aparecen varios pasajes en las citadas obras que hablan de la dilatada época en la que Montalvo redactaba, por lo que se pueden encontrar comentarios contrapuestos. Unos describen una situación de inestabilidad, tristeza y

<sup>33</sup> El título completo es *The Labors of the Very Brave Knight Esplandián, by Garci Rodríguez de Montalvo*, Medieval & Renaissance texts & studies, vol. 92, Binghamton, New York, 1992.

<sup>34</sup> Otis H. GREEN, *Spain and the Western Tradition*, Madison, 1968, vol. I, p. 287.

<sup>35</sup> Eloy REINERIO GONZÁLEZ, «El *Amadís de Gaula*: análisis e interpretación», Ph.D. Thesis, Ohio State University, 1974, p. 224.

<sup>36</sup> Anthony van BEYSTERVELDT, *Amadís, Esplandián, Calisto: historia de un linaje adulterado*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1982, p. 75.

<sup>37</sup> AVALLE-ARCE [3], p. 134.

decadencia, que han sido asociados a los reinados de Juan II y Enrique IV, época en la que Castilla vivió en continuos sobresaltos y discordias entre príncipes, ciudades y nobles. Otros fragmentos, en cambio, alaban el advenimiento de una nueva época de paz y progreso presidida por los Reyes Católicos, a los cuales se dedican encendidas alabanzas. Con base en éstos fragmentos y en la evolución de otros temas a lo largo de los cinco libros, como el amor y la figura del caballero, se han construido varias cronologías de la redacción de la obra que, sin duda, se enriquecerán en el futuro. Uno de los esquemas clásicos fue el elaborado por Edwin B. Place, famoso editor del *Amadís*<sup>38</sup>, quien, a grandes rasgos, afirmó que los tres primeros libros fueron terminados antes del inicio del reinado de los Reyes Católicos, en 1474, y que el cuarto se inició después de 1482. Por último, según este mismo autor, las *Sergas de Esplandián* fueron escritas entre los años 1492 y 1504, es decir, ya descubiertas varias islas en el Atlántico occidental por el genovés Cristóbal Colón.

Varios debates clásicos ya han quedado obsoletos, como el del origen del primitivo *Amadís*, que unos lo hacían portugués y otros francés, junto, claro está, al origen español, que ha sido, a fin de cuentas, el que se ha impuesto tras el descubrimiento de varios fragmentos del anterior al redactado por el regidor medinense<sup>39</sup>. Gracias a ellos se ha llegado a dos importantes conclusiones: primero, que Montalvo tendió a resumir el texto o textos primitivos más que a ampliarlos, como se venía pensando hasta entonces; y segundo, que Esplandián no es un invento literario del regidor medinense, pues el personaje ya aparece con toda claridad en los fragmentos que se han descubierto.

Las *Sergas* narran las hazañas del caballero Esplandián, y junto a ellas, otras aventuras de personajes secundarios, las cuales se van entrelazando e interrumpiendo para crear en el lector la curiosidad por conocer el desenlace de la historia. Muchos de estos personajes proceden, como cabía esperar (recordemos que estamos ante una continuación) de los cuatro libros del *Amadís*. Así, por ejemplo, en las *Sergas* se resuelve el destino de Lisuarte, rey de la Gran Bretaña y abuelo de nuestro personaje, y se revela el final de su padre, el célebre Amadís. Por el contrario, varias noticias sobre la infancia y la juventud de Esplandián se encuentran en los libros III y IV del *Amadís*. He aquí un breve resumen: nuestro caballero, hijo de Amadís y Oriana, fue recogido por una leona cuando Durín y su hermana, la Doncella de Dinamarca, lo conducían al monasterio de Miraflores. El ermitaño Nasciano lo salvó de las fauces de la leona y lo entregó a su hermana para que lo criase y se lo llevase «a su tiempo» con el fin de educarlo. Antes de partir, el ermitaño quiso bautizarlo:

<sup>38</sup> *Amadís de Gaula*, Edwin B. PLACE (ed.), Madrid, CSIC, 1959 (t. I), 1962 (t. II) y 1965 (t. III).

<sup>39</sup> Antonio RODRÍGUEZ MOÑINO, *Relieves de erudición (Del «Amadís» a Goya)*, Madrid, Castalia, 1959, pp. 17-38. Sobre la polémica del origen del *Amadís*, de claros tintes nacionalistas, véase la tesis doctoral de May KAGAN SIMON, *A History of the Controversy Relative to the Date and Authorship of the 'Amadís'*, Cleveland, Case Western Reserve University, 1974.

«Y así se fizo, mas cuando aquella dueña lo desembolvió cabe la pila, vio las letras blancas y coloradas que tenía, y mostrólas al hombre bueno, que se mucho dello spantó. Y leyéndolas vio que dezían las blancas en latín: 'Esplandián', y pensó que aquél devía ser su nombre, y así jelo puso; pero las coloradas, aunque mucho se trabajó, no las supo leer, ni entender lo que dezían. Y luego fue bautizado con nombre de Splandián, con el cual fue conocido en muchas tierras estrañas en grandes cosas que por él passaron, así como adelante será contado»<sup>40</sup>.

Este episodio del libro tercero del *Amadís* se completaría con otros en el libro cuarto, como su investidura de caballero por el gigante Balán, que servirán de preámbulo a las *Sergas*. En este nuevo libro se cumplirían las numerosas profecías que sobre Esplandián y sus trabajos se incluyen en los dos citados libros amadisinos: el tercero y el cuarto. En el capítulo CXXVI del cuarto, Urganda la Desconocida le sentencia:

«Tú, muy hermoso y bienaventurado donzel Esplandián, que en gran fuego de amor fuiste engendrado por aquellos de quien muy gran parte dello heredaste, sin que de lo suyo sólo un punto les fallestiese, que la tu tierna y simple edad agora encubierto tiene, toma este donzel Talanque, hijo de don Galaor, y este Maneli el Mesurado, hijo del rey Cildadán, y ámalos así al uno como al otro; que, aunque por ellos a muchas afrentas peligrosas serás puesto, ellos te socorrerán en otras que ninguno otro para ella bastaría»<sup>41</sup>.

Esplandián estaba destinado a realizar grandes hazañas, superando con ellas no sólo a su abuelo, el rey Lisuarte, sino a su propio padre Amadís. En consecuencia, Montalvo plantea las *Sergas* como la superación del *Amadís*, ofreciendo una nueva visión de la caballería de acuerdo a los nuevos tiempos que vivía.

En otros momentos del estudio, he señalado la admiración de Garci Rodríguez de Montalvo por los Reyes Católicos, artífices de una nueva época de paz y prosperidad en Castilla, que había sido profetizada a lo largo del siglo xv. Pues bien, en correspondencia con estos cambios socio-políticos y religiosos, Montalvo elabora un nuevo caballero en las *Sergas* que opone a sus homónimos del *Amadís*. Según Anthony van Beysterveldt: «El *Amadís* primitivo nos presenta la misión del caballero andante como una forma de vida institucionalizada que le permite al héroe buscar escape a su ardimiento en puro desgaste gratuito de energía bélica con el que aumenta su honra y gana el amor de su dama»<sup>42</sup>. Estos serían los fines de los caballeros en los primeros libros refundidos por Montalvo: defensa de la virtud y el honor de las doncellas y viudas desamparadas, auxilio a los necesitados y pobres, lealtad a la figura real, de donde procede su legitimidad, y ayuda a sus compañeros de armas.

<sup>40</sup> RODRÍGUEZ [5], t. II, p. 1.009.

<sup>41</sup> RODRÍGUEZ [5], t. II, p. 1.631.

<sup>42</sup> BEYSTERVELDT [36], p. 43.

## Las sergas de Esplandián.



**E**l ramo que de los quatro libros de amadís sale: llamado Las sergas de Esplandián bijo de Amadís de gaula. Las quales fueron escritas por mano del maestro Helisabad. porque fuessen magníficos los grandes hechos que en armas hizo: segun q en el presente libro se cuenta.

1526.

Portada de la edición de Las Sergas de Esplandián, impresa en Burgos en 1526